

NOTES

Memorias ficcionales de Ariel Dorfman

*Es 1976 y la Revolución ha sido derrotada
pero aún no lo sabemos.
Tenemos 22, 23 años.*

Roberto Bolaño, «La visita al convaleciente»
(*Los perros románticos*, 2006 [1994], p. 40)

Detenerse, echar la vista atrás y recordar es tarea exigente. Del recuerdo de hechos concretos se traza una narración que, inevitablemente, adopta algún tipo de lógica argumentativa que llega al presente del enunciador, justificándolo. Poner el recuerdo por escrito es el siguiente paso, e implica decisiones difíciles, pues entran en liza la fidelidad a un pasado ya borroso, cargado de sentimientos, la selección de lo que merece ser contado y leído por terceros y, en absoluto desdeñable, el grado de honestidad intelectual al que se aspira. Los lectores podrán interesarse por conocer detalles biográficos o históricos desde la perspectiva de quien cuenta lo que leen, especialmente si el personaje narrador tuvo cierto protagonismo público en esas vivencias. De gran valor suele ser la interpretación subyacente que enlaza hechos y sensaciones y explica el pasado desde el yo enunciador, ya lustros o décadas después de lo acontecido. En última instancia, recordar y contar exige cierta dosis de coraje y cada narrador decide cuán de profundo pretende bajar al abismo de la vida.

Ariel Dorfman ha escrito unas memorias ficcionales sobre su etapa gloriosa al flanco del político Salvador Allende, y especialmente sobre algunas de sus secuelas en el tiempo y en su vida, y ha optado por ficcionalizar su discurso, por navegar en las aguas de la autoficción. Así, «novela-memoria» es la definición que el propio autor propone para sus más de quinientas páginas, en el paratexto final, epílogo, donde agradece las ayudas de unos y de otras y reconoce deudas personales. Su libro salió de las prensas en septiembre de 2023, puntualmente para recordar los cincuenta años del golpe de Estado que derrocó al presidente Salvador Allende e instauró una atroz dictadura en Chile: *Allende y el museo del suicidio. Una memoria de amor y muerte* (Barcelona: Galaxia Gutenberg).¹ La precisión cronológica y mercadotécnica

¹ Por cierto, en la página 416 el narrador define su libro de forma más directa: «estas memorias». Quizás se trate de un descuido, restos de una versión del texto en la que la ficción no ocupaba tanto espacio

del lanzamiento editorial –cincuenta años después, incluso en el mismo mes del golpe– no es óbice para reconocer que el autor revela en su libro hechos aparentemente menos nobles, que, uno intuye, le habrá costado ponerlos sobre el papel y dejar que corran. Y a hurtadillas, posiblemente gracias a la ficción, agazapadas entre líneas de descripciones o diálogos irrelevantes, saltan algunas reflexiones valiosas, incluso autocríticas al proyecto político de su generación, hijos e hijas de la clase media en su gran mayoría que, en el auge de la Guerra Fría y bajo el cegador faro de los hechos del año 1959 en Cuba, se lanzaron a la revolución por toda la geografía latinoamericana, unos abogando por la lucha política pacífica, otros levantándose en armas.

Quien haya acompañado los derroteros literarios y geográficos de Ariel Dorfman durante los últimos cincuenta años sabe muy bien que esta reflexión sobre su participación en el gobierno del presidente Salvador Allende, o sobre la colaboración de su generación de convencidos militantes con las políticas desplegadas por la Unidad Popular, se asienta en la memoria, tema central de su producción escrituraria. Traigo a colación a estas breves páginas tres textos que mantienen una relación directa con esta «novela-memoria» de 2023 que aquí se discute: en primer lugar, la pieza teatral *La muerte y la doncella* (1991), que ha sido traducida a más de 25 idiomas, representada en innumerables teatros e incluso llevada al cine por Roman Polanski con el título *Death and the Maiden* (1994); en segundo lugar, su autobiografía publicada originalmente en inglés, con el título *Heading South, Looking North. A Bilingual Journey* (1998), y traducida al español por el propio autor: *Rumbo al Sur, deseando el Norte: un romance bilingüe* (1998); y por último, sus confesiones, que aparecieron con el siguiente título *Feeding on Dreams. Confessions of an Unrepentant Exile* (2011).

A continuación, en estas limitadas páginas, se apuntan momentos de gran perspicacia crítica del libro de Ariel Dorfman, en los cuales se tematizan asuntos políticos, de clase social, de género, de compromiso con la verdad, etc. Estos momentos incluyen reflexiones variadas, dispersas por el libro, a veces breves o incluso brevísimas, que dan cuenta de la autoindagación de un narrador sobre aquellos años que pasó a la vera ideológica e incluso física de Salvador Allende y lo que significaron para su biografía, y por extensión para las vidas de tantos chilenos y latinoamericanos perseguidos, presos, torturados, exiliados, asesinados, desaparecidos. Quedan para otros análisis, que podrán pergeñar otros, las numerosas y tediosas páginas en las que el narrador se debate con la dificultad de escribir una novela policíaca, que no culmina, y, sobre todo, los larguísima diálogos con un personaje inverosímil, millonario, que pretende salvar el mundo por medio de la concienciación política de los peligros inherentes al no tomarse en serio la realidad del cambio climático. Esta vertiente ecocrítica fuertemente incrustada en esta «novela-memoria» de Ariel Dorfman, a la que regala extensas páginas, exige una infinita paciencia del lector. Y uno recuerda la famosa y muy citada concepción de la novela de Pío Baroja, quizás apócrifa, según la cual el género novela sería un cajón de sastre, en el que cabría todo, y uno lamenta que no siempre prime la virtud del orden y de la selección.

en lo narrado. E incluso en el epígrafe inicial el autor empírico Ariel Dorfman se delata, pues clasifica su obra como «estas memorias». En otro pasaje del libro, el narrador Ariel define las páginas que escribe como «esta crónica» (2023: 35), luego narración histórica.

Al leer esta «novela-memoria», el escritor Sergio Ramírez, amigo personal de Ariel Dorfman (o por lo menos compañero de penurias y algunas alegrías en el exilio), consideró por escrito que precisamente debido a esa acumulación de eventos y tramas secundarios la novela destilaría un «sentido cervantino» (12-9-2023, *El País*). Se trata, sin duda, del máximo elogio, pero no se puede olvidar que el propio narrador de la segunda parte del *Quijote* permite que el personaje Sansón Carrasco dé voz a la crítica que corría entre sus lectores sobre el exceso de novelas intercaladas en la primera parte de las aventuras del ingenioso hidalgo (*Quijote*, II, cap. III).² Y en otros pasajes de esta «novela-memoria» salta el recuerdo de una afirmación de Alejandra Pizarnik, muy posiblemente también apócrifa, en la que venía a decir que una de las dificultades de escribir novelas reside en la inevitabilidad de incluir transiciones informativas u otros aspectos triviales o incluso documentales, así, de salpicar la narrativa con frases del tipo, «Hola como estás. ¿Querés una taza de café con leche?».³ Para el caso que nos ocupa, sirvan estas frases de ejemplo: «Joaquín tenía escuela mañana, se estaba haciendo tarde» (2023: 135); o «mientras ella colocaba la loza en la lavadora de platos» (2023: 527); y aún más, «Estimulado por el olor a café y tocino que subía desde la cocina, me apresuré a ducharme y pronto me uní a Hortha que estaba poniendo la mesa» (2023: 553). Inevitablemente, Dorfman no es de la estirpe literaria de Pizarnik.⁴

La figura pública del político Salvador Allende es pieza central del libro, pero no se trata de una biografía, ni siquiera de una novela centrada en la vida del malogrado presidente, y para apartar cualquier posibilidad de que como tal sea leído, el narrador lo expresa de forma convincente: la «admiración mataría mi libertad estética» (Dorfman 2023: 44). La proximidad política e incluso personal a Salvador Allende le impide, así lo confiesa, centrar el libro en su figura, lo respeta demasiado y los escritores tienen que ser «despiadados» (*ibid.*). Tras descartar a Allende como eje del libro, el narrador Ariel considera que, caso se incluyese a sí mismo en una novela, como personaje, tendría que ser «brutal» consigo mismo, «inmisericorde, dispuesto a exponer cada debilidad, inventar debilidades que ni siquiera tengo,

² Del «ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco» (segunda parte, cap. III), en el cual este último afirma que una «de las tachas que ponen a la tal historia [...] es que su autor puso en ella una novela intitulada *El curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote» (cito por la edición de la Real Academia Española, 2015: 704, 710).

³ Cito a partir de Damián Tabarovsky (2010: 9). Tabarovsky avanza una consideración que, a mi modo de ver, encajaría perfectamente con este libro de Ariel Dorfman: «quizás esa frase –supuestamente pronunciada por una poeta que finalmente avanzó hacia la prosa– informa sobre cierto estado de la novela contemporánea: la época en que la prosa comienza a hacer concesiones con el lenguaje, el tiempo en que la novela hace de la concesión su norma [...]. Ese estado de mediocridad expresiva de la narrativa, que en los 60 supuestamente aterraba a Pizarnik, hoy adquiere un carácter ya no sólo literario, sino cultural» (2010: 10-11).

⁴ Los *Diarios* de Pizarnik nos aportan datos sobre un profundo deseo de escribir una novela, pero también descubren la lucha que tenía por el miedo a que su posible narración cayese en los detalles de la cotidianidad terrenal. Es decir, la cita del «café con leche» puede ser apócrifa, pero no su esencia: «Inconscientemente intensa. Cada día lo siento más. Me gustaría una novela autobiográfica, pero escrita en tercera persona...» (Pizarnik 2003: 26). Pizarnik valoraba la prosa de Proust, autor «prodigioso y genial», pero le incomodaba «su aspecto mundano», pues a pesar de encontrar en sus textos un alma «exquisita y rara», le parecía todo demasiado «documental» (2003: 52).

siempre y cuando haga más interesante el libro» (2023: 45). Y ciertamente, arrojo no le falta al narrador y personaje, pero se podría sopesar el grado de «inmisericordia» a la que aceptó someterse. La condición narrativa expuesta ha marcado inevitablemente el libro –«siempre y cuando haga más interesante el libro»–, pues tanto la ambiciosa trama ecocrítica como la trama policial han supuesto, legítimo es interpretarlo, una directa merma de reflexión autocrítica anclada en la realidad de los hechos vividos por el escritor Ariel Dorfman. Más se embarca el narrador en su viaje ecológico o policial, menos reconsidera su pasado político, el suyo individual y el de su generación. Al lector le quedarán para su reflexión los momentos de gran perspicacia crítica y autocrítica que se encuentran al correr las páginas, pero muchos más fueron los que tuvieron que quedarse en el tintero para dar paso a tanta verborrea ecocrítica y policial. Dedicar tantas páginas al cambio climático es tarea loable, es un riesgo literario, es acercarse a un tema palpitante,⁵ pero no deja de ser una huida del tema que realmente interesa a quien tiene el libro entre manos, como se delata incluso en la cubierta: los famosos y reconocibles lentes rotos de Allende se han estampado en la cubierta de la primera edición al lado del nombre del autor, Ariel Dorfman. El lector quiere saber sobre la vida de Ariel Dorfman y sus años gloriosos al lado del político Salvador Allende, y también de sus años de exilio a la sombra del ya presidente ausente Salvador Allende. Y es que, si en un momento dado de la novela se afirma, con gran finura de análisis, que la muerte de Allende es el momento «fundacional del Chile contemporáneo» (2023: 398), las páginas en las que el narrador se aleja por vericuetos ecocríticos o policiales vienen a ser una forma de escabullirse de la génesis de la contemporaneidad chilena, de eclipsarse del principio de todo lo que conforma el actualísimo presente del país austral e incluso de navegar por la superficie y no «descender al pozo de mí mismo» (2023: 121).

Y, sin embargo, el desocupado lector sabe que no es fácil armar por escrito una «novela-memoria», en las que se cuenten y quizás expliquen hechos que el narrador todavía no comprende en su totalidad. Muy probablemente porque todavía se encuentra entre los vivos, con la extrema dificultad de resolver dónde y cuándo poner el punto final al libro: «¿Y está acabado? –preguntó don Quijote. / –¿Cómo puede estar acabado –respondió él [Gines de Pasamonte]–, si aún no está acabada mi vida?» (*Quijote*, I, cap. XXII).⁶ Y no solo hay que seleccionar los hechos que se incluyen en unas memorias, también hay que afinar los matices y calibrar el tono, como confiesa el propio narrador Ariel: «¿Cómo explicarle algo tan complejo como mi lenta y enrevesada evolución política?» (2023: 37).

⁵ A modo de ejemplo, se observa que el excéntrico interlocutor del narrador Ariel ha abandonado la confianza ciega en el proyecto de la Modernidad, cimiento ineludible de su experiencia política en la Guerra Fría: «La única manera de salvarnos es desandar nuestra civilización, desfundar nuestras ciudades, cuestionar el paradigma de la modernidad que ha dominado nuestra existencia durante los últimos siglos» (2023: 290). De todas formas, restan los rescoldos de quien no quiere renunciar a convencer de las bondades de su proyecto político, como afirma más adelante este mismo personaje: «ofreciendo luz tras la oscuridad, esperanza tras tanta desesperanza» (2023: 305).

⁶ En este pasaje cervantino la discusión poetológica versa, entre otros aspectos, sobre la autoridad o capacidad de un narrador autodiegético de convencer al lector, como puede observarse en el género autobiográfico o en la propia narrativa picaresca.

Los cincuenta años que separan el golpe de Estado y la publicación de esta «nove-la-memoria» le permiten al autor Ariel Dorfman hacer decir a su personaje homónimo que ahora ya puede expresar sus «críticas a la izquierda» sin sentir que está facilitando «municiones a nuestros enemigos» (2023: 53). O, como ya lo había formulado Jorge Semprún décadas antes en su novela *Quel beau dimanche!* (1980), años después de ser expulsado del Partido Comunista de España: los militantes del partido comunista decían –Semprún, honesto, se incluía, «nous disions»– «qu’il valait mieux se tromper avec le parti que d’avoir raison en dehors de lui ou contre lui» (1980: 78). Ariel Dorfman es valiente y sabe que no es fácil ser autocrítico con la propia biografía política, en la que uno no está solo, sino que defendió y quizás todavía defiende un proyecto ideológico compartido. Y aun así lo intenta, en algunos párrafos sueltos, y por eso es una lástima que tantas páginas se desarrollen por veredas ecocríticas o policiales, que tanto distraen al lector, incluso al más paciente.

En un momento dado, el propio narrador asume que la trama policíaca no le permite contar de forma coherente los hechos acaecidos en Chile. En la novela policial clásica, *Whodunit*, el asesino acaba siendo descubierto, preso y castigado y se restaura el orden social burgués previo a su ruptura. A su vez, en la clásica novela neopolicial latinoamericana, en la que el mal ya forma parte de la cotidianidad de la diégesis, el asesino no siempre recibe su castigo, pero el lector sí suele saber quién es y los motivos sociales por los que queda impune, por lo que el lector ideal sí queda reconfortado, conocedor de la verdad. En ambos casos, al final se desvela el misterio e inevitablemente se constata una excesiva dependencia de los mecanismos estructurales del género: todo está encaminado a nominar al culpable. Y es precisamente por depender la novela policíaca en demasía del misterio que quizás el narrador Ariel ha renunciado a este género para relatar el golpe de Estado y la posterior dictadura chilena, pues tiene que «admitir que una novela de misterio no podía abordar la situación más intrigante y angustiosa que Chile enfrentaba y que exigía ser expresada» (2023: 385). Y es que el género literario importa y una historia de misterio (policíaca) quizás no servía para expresar en su conjunto el Chile de la transición a la democracia. Así, la renuncia del narrador Ariel a continuar con esa novela policial viene a ser una inteligente decisión poetológica.⁷

Ariel Dorfman formó parte del proyecto político liderado por Salvador Allende, que pretendía de forma pacífica alcanzar altas cotas de justicia social para Chile, «una transformación épica, generosa, estimulante» (2023: 375). La figura del político socialista irradiaba un poder de adhesión y de entusiasmo difícilmente parangonables. Y es con gran acierto que el libro se centra en la muerte de Salvador Allende, acontecida el 11 de septiembre de 1973 en el Palacio de La Moneda, a la sazón sitiado por las tropas militares que dieron el infame golpe de Estado. Los posteriores discursos sobre su suicidio o sobre su asesinato –en este segundo caso más bien una mítica muerte en combate– han construido, con mayor o menor éxito, una narración ideológica que aporta siempre un determinado sentido a este momento «fundacional

⁷ Mi desconfianza en la capacidad reveladora, emancipadora o incluso revolucionaria de la novela policial sigue intacta, y me remito a lo que ya escribí tiempo atrás (Rodrigues-Moura 2019; 2010: 7-20).

del Chile contemporáneo» (2023: 398). Y con esta «novela-memoria» Ariel Dorfman incorpora su voz, una vez más, al discurso político de la izquierda chilena, asumiendo que escribe desde fuera, geográficamente. Y esa es quizás una de sus confesiones más lúcidas y también más desgarradoras, la de haber optado por ser chileno –a fin de cuentas, llegó al país cuando tenía 12 años y por su biografía podría haber decidido ser argentino o incluso norteamericano– y, en contrapartida, sentir que no se le reconoce como tal por sus conciudadanos. Lamenta el narrador que se desvivió en el largo e itinerante exilio –«La Habana y París, Ámsterdam y Washington y Durham» (2023: 451)– por mantener viva la solidaridad internacional con Chile, pero que, al volver a Santiago, tras el victorioso plebiscito de 1988, no fue acogido con cariño y las élites que comenzaban a dirigir los designios del país no le ofrecieron cargos con responsabilidades políticas o culturales: «algunas de esas personas que solían marchar con nosotros se han hecho empresarios, o consultores bien pagados para el nuevo gobierno» (2023: 419). Muchos de sus antiguos compañeros de lucha política, ahora aupados a cargos más o menos relevantes, no respondían a sus llamadas ni lo reconocían cuando se cruzaban por la calle (2023: 54, 245, 389, 405).⁸ Así resume el personaje Ariel la divergente sensación entre su presencia en Chile y su largo vagar por otros países: «el reconocimiento que recibía en el extranjero y el maltrato de la élite en mi propio país» (2023: 485), pues su pieza teatral *La muerte y la doncella*, muy exigente con las formas que tiene que aplicar la justicia en un país que comienza a recuperar la democracia, «tendría un gran éxito internacional» (2023: 389). Y una propuesta explicativa sobre su identidad se la ofrece su principal interlocutor en la trama ecocrítica de la «novela-memoria»: «Eres un puente [...], ser alguien que pueda unir dos países y continentes separados [...] explicar uno al otro» (2023: 485). Y por lo leído en las anteriores páginas y lo que vendrá a continuación, el lector viene a considerar que esa definición propuesta, de raigambre arquitectónica, parece haber gustado al personaje Ariel, que se muestra a gusto ejerciendo la función de puente intelectual entre Chile y el exterior, y viceversa. A fin de cuentas, para huir de «la maldición de la migración» (2023: 56), que viene definida autoritariamente por otros, de forma exógena, hay que considerar el movimiento geográfico como «un privilegio» valioso: «disponer de la oportunidad de navegar hacia nuevos mundos» (2023: 323).

A su vuelta a Santiago, el narrador Ariel pensaba y ansiaba integrarse en la sociedad chilena, en los ambientes culturales y políticos a los que creía pertenecer,

⁸ Quizás el ataque más mordaz y directo vaya contra el político y compañero de penurias en el exilio Enrique Correa, a quien llega a denominar «Rasputín»: «¿Cuántas veces, en el exilio, ella [Angélica, esposa del personaje Ariel] no lo había alimentado, lavado su ropa interior y calcetines sucios, planchado sus camisas, vendido empanadas para pagar su regreso clandestino y, por cierto, que valiente, a Santiago, cuántas veces lo habíamos escuchado proclamar durante las largas noches de Ámsterdam que Ariel era el nuevo Neruda y sería reconocido como tal cuando se restaurara la democracia, merece que lo nombren ministro de Cultura o Jefe de la Biblioteca Nacional cuando triunfemos, ¿cuántas veces había aplaudido mi trabajo solidario, cuántas veces habíamos soñado con el mañana en que seríamos libres? Un mañana que era ahora, cuando no me devolvía las llamadas telefónicas» (2023: 270-271). Como quizás ya sepan los lectores, Angélica Malinarich es el nombre de la esposa del autor Ariel Dorfman. Sobre la figura de este controvertido personaje, cf. el muy reciente libro de Insunza y Ortega (2025).

y así reatar su biografía con la memoria de un tiempo que el obligado exilio había interrumpido. Le sorprende la celeridad voluntaria política de pasar página, de armar un nuevo país, de recuperar una democracia algo desmemoriada, de «celebrar el nuevo Chile» (2023: 50), «de dejar atrás el pasado» (2023: 436). Para Ariel, en Chile, todo le recordaba a una «revolución que se había frustrado» (2023: 527) y en la que «todos mentían, mentían a sus conciudadanos y se mentían a sí mismos, por miedo, conveniencia o hábito» (2023: 524). Tanto es así que el funeral oficial que se le hizo al presidente Salvador Allende en septiembre de 1990 estuvo presidido por el entonces presidente Patricio Aylwin, el mismo político que, «siendo presidente del Senado en 1973, había saboteado todos los esfuerzos para formar un frente contra el inminente golpe de Estado» (2023: 355), como relata el narrador Ariel. Incluso lo acusa de expiar «públicamente su culpa organizando el funeral del hombre que había ayudado a destruir» (2023: 355-356). Precisamente el presidente Patricio Aylwin ha pasado a la historia por considerar que era un deber moral insoslayable del Estado chileno hacer un esfuerzo por encontrar la verdad y hacer justicia a los crímenes de lesa humanidad cometidos durante el golpe de Estado y la posterior dictadura militar, pero enmarcó esta tarea siempre «en la medida de lo posible», expresión que ha marcado de forma indeleble su mandato. Y es que de modo especial los crímenes contra los Derechos Humanos no pueden esperar al supuesto momento propicio para ser investigados y los culpables castigados. Un Estado de Derecho, por mucho que sea una joven democracia, tiene que activar todos los resortes para que esos crímenes sean investigados. Las resistencias, no hay duda, pueden ser muchas y muy poderosas, pero la máxima autoridad política del Estado tiene la obligación de mostrar el camino jurídicamente correcto, no anticipar las dificultades ni mostrar comprensión previa por las más que posibles demoras, silencios, encubrimientos, etc.

El personaje Ariel sintió que había extraviado el compás del país. Supo que había perdido la «batalla por la memoria» (2023: 50), una lucha que había comenzado con la opción que el presidente Salvador Allende tomó el día del golpe, «la batalla que Allende había comenzado a librar y ganar cuando había muerto en La Moneda en lugar de rendirse» (*ibid.*). Esa estrecha unión entre su biografía y la muerte de Allende, ese momento «fundacional» de la contemporaneidad chilena, le insta a no criticar abiertamente el sacrificio del presidente y a volcarse en «recordar a aquellos que habían sido asesinados o dañados irremediabilmente durante nuestro largo viaje hacia la soberanía» (*ibid.*), recordar a «mis amigos muertos» (2023: 506). Y para ello lo mejor era asumir que era un «escritor» y que su contribución política se desarrollaba a partir de sus «libros y comentarios» (2023: 54). Y es así que el imperativo autoimpuesto de ser guardián de la memoria está siempre presente en su prosa.

Recordar y honrar a los muertos y desaparecidos implica decirse que el esfuerzo valió la pena, que nada fue en vano. Y una vida humana, por su intrínseca dignidad, nunca puede ser menospreciada *a priori*, sobre todo cuando entregada a una causa noble, de emancipación política y cultural de todo un pueblo. Y la vertiente cultural no es menor, pues había una clara voluntad de elevar el nivel formativo e intelectual de la población más pobre, con medidas como la fundación de la editorial Quimantú (2023: 313), como

rememora el narrador Ariel. Y aquí vale la pena citar al escritor Hernán Valdés y en concreto el capítulo III, «Reunión de intelectuales», de su novela *A partir del fin* (1981), que es donde quizás mejor se ha desenmascarado ese sueño pedagógico, que también era un proyecto autoritario. Un pequeño grupo de autodenominados intelectuales se autoconcede un «rol de vanguardia en la tarea de cambiar la sociedad» (Valdés 2003: 97) por medio de una cultura emancipadora frente a una cultura popular impuesta por la clase dominante, conservadora, que sería «una pasta inofensiva y autocomplaciente hecha de machismo de letrina, de hidalguía de pantalones rotos y dientes cariados, de temeridad de burdel» (2003: 97-98). La reunión se extiende en el tiempo sin llegar a ninguna conclusión definitiva hasta que la anfitriona observa que la empleada doméstica está atenta a la conversación, luego ha desatendido sus inherentes obligaciones, y le conmina a ocupar su lugar, y se cierra el capítulo: «-¡Josefa, qué tiene que ponerse a escuchar huevadas! ¡Se quemaron las pizzas!» (2003: 101).

Y esa lucha por la emancipación a veces fue pacífica y otras veces recurrió a las armas, entre las dudas sobre una democracia en la que muchos no confiaban y el ensueño cubano del año 1959, que acabó en pesadilla para tantos, para demasiados. Y Ariel Dorfman vivió esa contradicción entre el fusil y la pluma, y deja que el narrador Ariel lo exponga. Reconoce que hubo un tiempo en que su arrojo revolucionario implicó el apoyo a la lucha armada, y sin embargo nunca empuñó un fusil. Mantuvo un «romance provisional con la lucha armada» (2023: 33), «una colaboración de cinco meses con el MIR» (2023: 34), pero pronto cambió de «perspectiva», pues consideró, y con él otros muchos, que «no se necesitaban bombas en maletines ni una guerra de guerrillas para crear justicia y dignidad para todos» (2023: 38). En su fuero interno, compartía con muchos la urgente necesidad de participar activamente en una revolución que cortase «las ataduras del pasado» (2023: 34), y se debatía entre la «aburrida vía de las urnas», senda reformista, y la «debacle del Che Guevara en Bolivia» (*ibid.*), ejemplo palpable del fracaso de la lucha armada guerrillera. Y llama la atención que sea el mismo sustantivo –«debacle»– el que el narrador Ariel utilice para referirse a la pérdida de la democracia chilena y la necesidad de buscar un culpable: «quién era responsable por la debacle de 1973» (2023: 232). Los responsables primeros y últimos fueron quienes urdieron y culminaron el golpe de Estado –es una verdad meridiana–, pero, en la amplia familia de los perdedores, el personaje Ariel descarga cierta culpa en los partidarios de la violencia, en los que querían acelerar los cambios por medio de balas y que tanto asustaron a la necesaria clase media chilena, «que era esencial para construir una amplia coalición a favor de las reformas», «para mantener a los militares de nuestro lado» (2023: 74, 500). Y, al mismo tiempo, reconoce en la «novela-memoria» que su desencanto con las guerrillas armadas del continente fue una evolución paulatina, que no fue un planteamiento abierto, que se comunicase a los amigos, que se hiciese público, pues había dudas, había cierta vacilación teórica e incluso práctica: «no estábamos enteramente seguros del camino a seguir» (2023: 38), «nada de revolcarse en incertidumbres» (2023: 113).

Y hacia el final de la «novela-memoria», el personaje Ariel vuelve sobre el tema, sobre esas vidas dedicadas o sacrificadas al altar de la revolución. En una conversación

clave que el protagonista Ariel entabla con Adrián, personaje que llegó a esgrimir las armas, pero que en el exilio supo que no era ese su camino, a diferencia de su hermano Abel, tiene que escuchar que aquellos jóvenes revolucionarios tenían «la misma certeza de que marchaban hacia la gloria», sin saber que muchos «serían ultimados», y que sus sueños de justicia no eran más que «delirios» (2023: 502). Utilizando el mismo verbo «marchar», Roberto Bolaño retrató con maestría y más de veinte años antes la revisión crítica de las revoluciones latinoamericanas. Auxilio Lacouture, narradora de *Amuleto* (1999), lo cuenta así: «Los niños, los jóvenes, cantaban y se dirigían hacia el abismo. [...] [Q]ué canto más bonito es el que sale de sus labios, qué bonitos eran ellos, qué belleza, aunque estuvieran marchando hombro con hombro hacia la muerte, [...] marchaban hacia una muerte cierta» (Bolaño 1999: 152-153).

El narrador Ariel suelta entonces, en su conversación iluminadora con Adrián, la pregunta fundamental: «¿Entonces se equivocaron? ¿Dar su vida por una causa?» (2023: 502). La necesaria reflexión se desarrolla en forma de diálogo, sin afirmaciones autoritarias, sin axiomas, pues nada ni nadie tiene una respuesta unívoca. Y prosigue Ariel con sus preguntas y llega al mito revolucionario por excelencia: «¿El Che se equivocó?», y dos líneas más adelante, «¿Y Allende?» (*ibid.*). El lector, llegado a este punto de la «novela-memoria», siente de forma vívida el dolor que tales preguntas causan en ambos personajes, más todavía porque no encuentran respuestas inteligibles y válidas para todos los tiempos y geografías. Incluso el lector puede recordar que muchas páginas antes, el narrador Ariel se sinceró, en pensamientos que no comunicó a nadie, que había sido Salvador Allende quien lo había salvado de la «quimera» guerrillera, quien le había hecho «ver la luz» (2023: 33). Y la retórica mesiánica siempre visible. A pesar de que la fascinación por las armas sedujo siempre al político y presidente Salvador Allende, ese fue un camino que voluntariamente no tomó (2023: 253-254). Que la violencia sea el «último recurso» (2023: 503) es una afirmación del personaje Adrián, y se discierne que no siempre fue ese el caso, y que muy fácilmente se corre el riesgo del sacrificio inútil: «¿hay algo peor que las vidas desperdiciadas?» (2023: 505). Y el lector también percibe no solo que la reflexión es dialógica, luego ontológicamente no conclusiva, sino que las frases marcantes las pronuncia Adrián. El personaje Ariel solo pregunta, escucha, piensa, y el conocimiento de la cronología latinoamericana ayuda a encuadrar los hechos y la conversación: en 1970 la Guerra Fría vivía su auge y el vocabulario revolucionario estaba al orden del día. Desde la caída del muro de Berlín, a su vez, las reivindicaciones políticas han pasado a denominarse movimientos sociales y la agenda identitaria, sea indígena, sea de género, copa el debate público.⁹

⁹ La contextualización histórico cultural es importante y no es fácil tenerla siempre presente. Desde las coordenadas ideológicas de la izquierda latinoamericana, desde donde escribe Ariel Dorfman, poner en duda la oportunidad política de la acción guerrillera del Che Guevara puede llegar a ser casi un anatema. Recuérdese, por ejemplo, un famoso y quizás precipitado editorial del periódico español *El País*, publicado en octubre de 2007, con motivo de los cuarenta años pasados desde la ejecución en Bolivia del guerrillero. El propio título del editorial era una toma de posición: «Caudillo Guevara». En el editorial se parte del principio de que sacrificar la vida por un proyecto político se encuadraría perfectamente en un «romanticismo» decimonónico, pensamiento que en esta «novela-memoria» el narrador Ariel también murmura para sus adentros: la «idea romántica de la revolución» (2023: 33).

El personaje Ariel de la «novela-memoria» es un migrante, que incluso viene definido con una metáfora arquitectónica, «puente» (2023: 485), por ser un enlace entre culturas, especialmente la chilena o latinoamericana y la propia de los Estados Unidos de América. Se define como alguien que tuvo que abandonar Chile «para subsistir de una manera más segura y creativa y plena» (2023: 454), «mirando hacia atrás solo en la medida en que» el peso del pasado le permita «mirar hacia adelante» (2023: 519). Un exilio que le ha hecho adquirir muchas deudas de gratitud, «las más difíciles de pagar (2023: 51)», con quienes le han ido ayudando en diferentes momentos. El obligado exceso de movilidad geográfica le induce cierto cansancio anímico: «Estoy harto del exilio» (2023: 43). Además de su condición histórica e inevitable de miembro de la trágica diáspora judía, su identidad viene marcada por su condición de miembro de la clase media con formación académica, es decir, un grupo social con capital cultural, pero modesto capital económico. Y por ello su profundo compromiso social con la clase trabajadora no pocas veces entró en contradicción con «gustos o refinamientos o hábitos supuestamente burgueses» (2023: 261), como al parecer le pasaba a Salvador Allende,¹⁰ y, aunque ansiaba deshacerse de privilegios y «compartir el destino del pueblo, ser uno de ellos» (2023: 55), a largo plazo le resultaba imposible renunciar a los servicios de una empleada doméstica. La confesión es sincera, honesta:

A pesar de los sueños igualitarios que nos animaban, era imposible disfrutar del estilo de vida que se esperaba de gente como nosotros sin una empleada doméstica, alguien que hiciera las tareas del hogar mientras estábamos ganándonos el sustento, alguien que preparara el almuerzo o algunos tentempiés para la manada de amigos y colegas que desembarcaban en casa a las horas más imprevistas e insólitas, pero sobre todo hacía falta una mujer que cuidara a Rodrigo cuando asistíamos a fiestas y reuniones políticas. Y era cada vez más complicado llevarlo a la rastra, incomodando a compañeros y amigos en cuyos ojos se podían leer los reproches que sus labios callaban, se suponía que a horas tan profanas los niños debían estar durmiendo plácidamente en sus camas en vez de peregrinar por el mundo (2023: 37-38).

Es innegable el valor de publicar a principios del siglo XXI esas líneas: confiesa sin ambages una flagrante contradicción entre proyecto político y vida cotidiana, entre propuesta social que desea emancipadora y la aburrida cotidianidad que simplemente reproduce modelos heredados que condicionan las relaciones humanas. Ariel Dorfman pertenecía a una clase social razonablemente acomodada, con aspiraciones

El periódico *El País* se edita en España, con ediciones para diferentes regiones de América Latina, pero su perspectiva sobre el mundo sigue siendo muy eurocéntrica. Definir al Che Guevara como un «caudillo» latinoamericano, sin explicaciones ulteriores, es una simplificación, quizás incluso una falsedad terminológica. Vuelta al principio, la contextualización histórico cultural es *conditio sine qua non* para que el diálogo sea honesto y basado en la buena fe comunicativa.

¹⁰ La biografía que Eduardo Labarca escribió sobre Salvador Allende abunda en detalles relativos a esa contradicción entre el elocuente discurso y la prosaica realidad (2007; 2014), pero quizás unos famosos versos de Nicanor Parra lo muestren bien a las claras, y además son contemporáneos a los 1000 días de gobierno de la Unidad Popular. Me refiero a un antipoema muy citado en esos tiempos: «¡Presidente! / El país está que naufraga y Ud. probándose chaquetitas. / -¿Chaquetitas? ¡Toca! Son de gamuza legítima». Cuando los discursos teóricos son radicales, es decir, etimológicamente originados en la raíz, resulta harto difícil acompañarlos con la realidad cotidiana.

intelectuales y decidida voluntad de participar de forma activa en la vida cultural y política de su sociedad. Es decir, se autodescribe como miembro de la informal *bourgeois-bohème*, sin necesidad de recurrir aquí a la quizás más despectiva denominación *champagne socialist*. Al parecer, llevar ese tren de vida social de alto compromiso político implicaba, necesariamente, la contratación de un servicio doméstico que, *noblesse oblige*, tiene que ser realizado por «una empleada doméstica», «una mujer». Y la contradicción entre ideología y *praxis* se constata nada más arrancar la cita: «A pesar de los sueños igualitarios que nos animaban...». E incluso unas líneas antes el narrador ya ha reconocido, abiertamente, que él y su esposa «habíamos concluido ya en California que nuestra liberación personal no podía edificarse sobre la explotación de otro ser humano» (2023: 34). La contradicción es grave, palpable, máxime cuando su familia política venía ampliamente divulgando que «the personal is political», como había puesto por escrito pocos años antes Carol Hanisch (1969/1970). Ahora bien, fácil es criticar la evidente perpetuación de un modelo de vida propio de la conservadora *petite bourgeoisie*, que, en principio, se quería combatir, pero lo fundamental, aquí y ahora, es resaltar la valentía de la revelación, hecha ya en la tercera década del siglo XXI.¹¹

Anclado en el año 2023, cuando apareció esta «novela-memoria», Dorfman añade un matiz de género a su reflexión sobre el pasado, especialmente sobre la decisión de activar la lucha armada. En voz del ya citado personaje Adrián, se define que optar por la lucha o la resistencia armada sería una forma de sucumbir al «ideal machista» (2023: 503), de embarcarse en un «culto a la masculinidad (2023: 504), de esculpir un «ethos machista» (2023: 507). E incluso hay unas líneas del narrador que declaran que el premio o «recompensa» serían las «mujeres» que se les entregarían como si los «revolucionarios» fuesen «estrellas de cine o héroes legendarios» (2023: 169). Y, sin embargo, vuelve a ser el personaje Adrián quien afirma que abandonar la lucha armada, alejarse del grupo, exige mucho «más coraje» que comprometerse por una causa en la condición de soldado, de persona que porta armas y está dispuesto a utilizarlas (2023: 517).

El término «coraje» es precisamente el utilizado por el personaje Abel al elogiar la decisión del presidente Allende de morir luchando: «esa subametralladora no se quedó en esa pared, la disparó contra el enemigo el último día de su vida. Ese fue su mensaje al futuro, un adiós a la vía pacífica. Un mensaje de coraje y virilidad» (2023: 76). La verdad factual ha documentado el suicidio del presidente Allende, pero no fue fácil que se impusiese al mito del presidente Allende muriendo en combate, incluso supuestamente con el fusil de asalto AK-47 regalado por el propio Fidel Castro, mito al que contribuyó incluso la mismísima prosa de Gabriel García Márquez. Así lo recuerda también el narrador Ariel al comentar un reportaje del

¹¹ Se trata de un riesgo evidente, pues vivimos aferrados a la sincronía de los tiempos presentes, como si todo fuese aquí y ahora, *hic et nunc*, una especie de limbo acrónico donde tantas veces se es incapaz de contextualizar, de navegar en y por la diacronía. Repito, es muy fácil criticar la contradicción entre luchar por la emancipación colectiva y no renunciar voluntariamente al servicio doméstico, pero es indudable el valor de confesarla a pecho descubierto, cuando muy bien podría haberla silenciado, haberla olvidado en el tintero.

colombiano, que pudo leer antes de su publicación: «Gabo evocaba a Allende esperando a los soldados con la ametralladora de Fidel», para acabar muriendo el mismo día del golpe de Estado en un intercambio de disparos (2023: 79). De esa forma se alentaba a la lucha armada en el continente latinoamericano, a partir de una constatación muy comentada y asumida sin críticas en su época, según la cual un cambio social de calado no podría llegar nunca por la vía democrática, sería siempre necesaria la llamada a las armas. Asumir que Allende se había suicidado no animaba en absoluto a la revolución, pues un «suicidio es paralizante, confunde y desconcierta» (2023: 80), como bien resume el narrador Ariel. El suicidio tiene implicaciones complejas que obviamente sobrepasan estas breves páginas. En líneas generales, el suicidio implicaba un acto contra las leyes divinas y al cadáver no se le enterraba en camposanto. A esta tradición se le unió, desde una perspectiva soviética y luego cubana, el compromiso de todo revolucionario de dar la vida por sus ideas. En consecuencia, nunca fue fácil presentar y explicar los importantes suicidios ocurridos en las filas de los revolucionarios latinoamericanos: Haydée Santamaría, Osvaldo Dorticós e incluso Fidel Castro Díaz-Balart, por citar algunos nombres ahora a vuelapluma, sin olvidar a una de las hijas de Salvador Allende, Beatriz Allende. Esta valoración del suicidio es injusta y no da cuenta de su intrínseca complejidad cultural, cambiante a lo largo de la diacronía y la geografía. La propia manipulación de las causas de la muerte de Salvador Allende el día del golpe de Estado es una prueba irrefutable de que, lamentablemente, suelen ser los vivos los que interpretan el móvil del suicida, pues este ha dejado de tener voz.¹² Quizás una de las aportaciones más sugerentes de esta «novela-memoria» firmada por Ariel Dorfman viene a ser una constatación de lo difícil que es vivir sin la presencia física de Salvador Allende, que tanto marcó a una generación, «tan muerto y tan vivo», «vivir con él y sin él» (2023: 371).

Mientras expone detalles de la trama de la novela policial en marcha, el narrador Ariel vuelve a usar el vocablo «debacle» al describir el golpe de Estado y sus consecuencias inmediatas, pero añade un matiz de relieve: «¿Qué responsabilidad nos cabe por conducir a tantos ciudadanos al matadero, asesinados en las calles, fábricas y barrios marginales, cuán responsables somos de haberles prometido el paraíso a quienes ahora viven sumidos en el infierno?» (2023: 107). Nuevamente, ya se adelantó en el tiempo Hernán Valdés al pedir explicaciones al presidente Allende, quien, por medio del suicidio entraba en la Historia de Chile y de América Latina e incluso de la Guerra Fría, pero dejaba a parte importante del pueblo chileno bajo las botas militares, en lo que acabaron siendo 17 años de feroz dictadura. En la ya citada novela de Hernán Valdés, *A partir del fin*, el personaje Hache sentencia, el mismo día del golpe de Estado, cuando los tres ejércitos y los carabineros se están desplegando por todo el país, que los militares «están haciendo lo que tenían ineludiblemente

¹² Buena parte de las interpretaciones sobre la causa de la muerte de Allende se pueden leer en Benítez (2006). También es de gran interés el capítulo seis del libro de Louis A. Pérez Jr.: «Patria o Muerte: Living and Dying in the Revolution» (2005). Incluso en otros contextos políticos el suicidio suele presentar aristas que dificultan su aceptación, su explicación, como se observa al leer la repercusión que tuvo el suicidio conjunto de Stefan Zweig y su esposa, en febrero de 1942, en su exilio brasileño de Petrópolis.

que hacer, cumplen exactamente la misión para la que han sido creados y sin la cual su existencia misma se hallaría en peligro; la coherencia está de su parte» (Valdés 1981: 39). Y al tiempo que comenta con sagacidad a lo largo de extensos y dolientes párrafos el famoso último discurso del presidente Allende, elabora una lúcida autocrítica: «Quizás hemos despertado, o hemos comenzado a despertar demasiado tarde» (1981: 41) y continúa, «hace largos meses que esperamos este golpe y los responsables políticos de la izquierda tienen que haber planeado cada detalle para responder a tal eventualidad» (1981: 43). Y, sin embargo, no hay ningún plan alternativo y el último discurso del presidente Allende viene a ser, como se puede leer, lapidariamente, el «más noble y valeroso acto político de un hombre traicionado por la retórica» (1981: 51), pues sus palabras «trasladan, remiten y atribuyen al futuro la victoria y la felicidad que hoy no existen o que hoy perdemos» (1981: 52). La culpa del golpe de Estado es indudablemente de Pinochet y sus secuaces, pero, como todos intuían, sospechaban o incluso sabían lo que se avecinaba, es evidente que algo se hizo mal, algo falló en el análisis de la realidad histórica –jerga muy común en la época– y la desgracia abrazó a demasiadas personas. Como concluye el narrador Ariel, el presidente Salvador Allende pasa a ser una «figura trágica» por creer que era posible el radical cambio que proponía «dentro del sistema legal burgués» (Dorfman 2023: 79), pero peor fue constatar que el sueño colectivo de liberar a los «condenados de la tierra había llevado a su propia condena, a la pérdida de su propia libertad» (2023: 409). Y sí, el análisis lanzado en 1981 por Valdés y continuado en 2023 por Dorfman duele, hierde, pero es porque quizás se acerque mucho a la verdad.

Al final, al cerrar las últimas páginas, el lector sabe que ya fue dicho bastante, incluso no pocas veces con gran esfuerzo, pero que también demasiadas cosas quedaron por mostrarse, nunca salieron del tintero. Quizás sea algo normal, pues hay vidas largas y agitadas, como la de Ariel Dorfman, que ya venía de una estirpe viajera. Todavía ciertos velos ocultan algunos hechos, encubren ciertos matices, difuminan los tonos. Por ejemplo, el personaje Angélica, esposa del narrador Ariel, le achaca que, ya en el exilio, este haya cometido alguna que otra «travesura» en sus viajes por el mundo como vocero de la oposición a la dictadura chilena (2023: 241). Son asuntos de cama que tienen que resolver esos personajes, trasuntos de Angélica Malinarich y Ariel Dorfman. En puridad, es bueno que haya cierta discreción al respecto.

Ahora bien, una figura capital recorre las páginas de esta «novela-memoria» narradas por Ariel, tan primordial que en su momento abrió la autobiografía de Ariel Dorfman, *Rumbo al Sur, deseando el Norte*: «Si estoy contando esta historia, si la puedo contar, es porque alguien, muchos años atrás en Santiago de Chile, murió en mi lugar» (Dorfman 2003 [1998]: 11). Ese «alguien» es Claudio Jimeno y se menciona su voluntaria y decidida presencia en el Palacio de la Moneda el día del golpe de Estado, su permanencia al lado del presidente Allende cuando ya había recibido autorización expresa para retirarse. Su inmediata prisión tras el éxito militar, la insondable tortura y, por último, su vil asesinato posterior son hechos que se unieron

a la vida de Ariel Dorfman para siempre.¹³ El propio Dorfman lo afirma, siempre con un cierto tono bíblico que le resulta muy grato y muy recurrente en su prosa: «Él moría para que nosotros pudiéramos vivir» (2003 [1998]: 76). Y es que en ese preciso día Ariel Dorfman no estuvo al lado del presidente Allende en La Moneda. Según ha contado, tenía que haber estado allí, pues formaba parte de su escogido grupo de asesores, pero la noche anterior, según ha dejado por escrito en varias ocasiones, hubo un cambio de turno: «“Oye, Claudio, ¿Qué te parece si cambiamos turnos?, a mí me toca venir a La Moneda el lunes 10 de septiembre, pero me gustaría hacer guardia el 9, ¿te parece?”. Y sin pensarlo dos veces, Claudio había accedido» (2003 [1998]: 18). Las fechas pueden confundir, pues el golpe de Estado fue el martes 11 de septiembre, pero se trataba, según Ariel Dorfman, de hacer la guardia, de pasar la noche en La Moneda: «Besides advising Allende’s chief of staff on cultural and press issues, my duties included sleeping one night each week on watch duty at La Moneda», como consta en otra explicación más, otra vuelta sobre el tema, publicada en enero de 2025 en el periódico *The New York Times* (Dorfman 2025: 11). En la «novela-memoria» de 2023 el narrador Ariel repite los datos: «me tocaba hacer la guardia la noche del 10 de septiembre y la madrugada del día 11» (2023: 114), pero por motivos familiares solicitó un cambio de turno a Claudio Jimeno, «amigo de mis estudios de sociología», que «no dudó en aceptar», pues «esperaba su segundo hijo» y así podía pasar ese domingo en familia, con su esposa, «también amiga nuestra», y el primogénito Cristóbal (2023: 115). Y quien conoce los datos empíricos sabe que el segundo hijo, Diego, ya había nacido: el pasaje aparece, pues, ligeramente ficcionalizado, pero no solo en este aspecto hay una divergencia con respecto a la verdad factual. Claudio Jimeno no durmió en La Moneda del 10 al 11 de septiembre, sino que en la mañana del golpe de Estado se despertó en su casa y partió presto a La Moneda, muy temprano, y se quedó hasta el final, que también fue el suyo.

Volviendo a la «novela-memoria», el personaje Ariel tiene una conciencia muy aguda de no haber actuado según los postulados ideológicos que defendía en su momento: estar con el presidente Allende hasta el final.¹⁴ A su vez, el autor Dorfman ha ido desgranando en diferentes textos esa culpa, una forma personal, como cuenta el narrador Ariel, de «expiar ese pecado individual» (2023: 234). Siempre la connotación sagrada, pues hay una culpa que lo atenaza, un «trauma» que lo carcome (2023: 446): «el hombre que murió en lugar de mí» (2023: 482). Y en realidad esa presencia o ausencia exige más detalles para su comprensión cabal. Jimeno no estaba en La Moneda ese martes 11 de septiembre y tuvo que llegar precipitadamente (tan veloz fue que calzó al vuelo dos pies de zapatos distintos, solamente parecidos). Fue en coche con su amigo Guillermo Cumsille y el médico Jorge Klein, al volante

¹³ Llama la atención que en *Rumbo al Sur, deseando el Norte*, Ariel Dorfman escriba el apellido siempre con «G» («Gimeno»), como si, a fin de cuentas, no conociese correctamente la grafía del nombre de su «amigo desde mi primer año de Universidad» (2003 [1998]: 17). En la «novela-memoria» *Allende y el museo del suicidio*, por el contrario, sí consta el apellido de forma correcta: «Jimeno».

¹⁴ Opinión que repite en su ya citado artículo publicado en *The New York Times*: «Maybe what I regretted was that I was not, after all, the hero I had dreamed of becoming» (Dorfman 2025: 11).

iba la esposa del primero y, puesto que ya había barreras militares por las calles, se bajó del coche con Jorge Klein en plaza Italia y bajando por la Alameda llegaron a pie a La Moneda. Su amigo Guillermo Cumsille acompañó a su esposa al Hospital del Salvador, para después dirigirse a La Moneda, pero ya no lograría llegar, pues el cerco militar pasó a ser mayor y más estricto. Así se cuenta en el libro *La búsqueda* (2022), escrito a cuatro manos por Cristóbal Jimeno Chadwick y su esposa Daniela Mohor Wöhlke, es decir, por uno de los dos hijos de Claudio Jimeno, que tenía dos años cuando mataron a su padre. En resumidas cuentas, Claudio Jimeno demostró una férrea voluntad de llegar a La Moneda para estar al lado del presidente Salvador Allende, aun presintiendo o quizás ya sabiendo que había un riesgo evidente de vida. Ariel Dorfman ha escrito que ese día también salió precipitado hacia La Moneda: «Tenía yo que llegar a La Moneda. Era una locura y Angélica lo sabía» (2003 [1998]: 77). Ella lo condujo al centro hasta que se encontraron con una «barrera policial en la plaza Italia, sobre el perímetro del centro de Santiago¹⁵, a catorce cortas cuadras de donde La Moneda me esperaba» (*ibid.*). Se bajó del coche, «resuelto a palabrearme al policía» para poder pasar, pero renunció a hablar, se dio la vuelta, volvió al coche y se alejó del lugar. Con el tiempo, consideró que ese fue un «momento definitorio, ese instante en que vacilé [...] porque tuve miedo, porque me acobardé» (2003 [1998]: 77, 78). En la «novela-memoria» de 2023 el narrador Ariel afirma que llegó a solicitar permiso para pasar y que la respuesta fue clara: «Bajo su propio riesgo» y el personaje Ariel retornó al coche, sabiendo que estaba fallándoles a sus propias promesas de luchar por la revolución hasta el «último aliento» (2023: 117) y más adelante vuelve a resumir esas sensaciones: «No había sido lo suficientemente valiente como para morir a su lado» (2023: 388). Y en esta «novela-memoria» ficcionaliza, siempre con el tono bíblico como trasfondo, ese «pecado original de no haber saltado la barrera policial y continuado hacia el Palacio Presidencial que había elegido deliberadamente como el lugar donde quería estar si había un golpe de Estado, el pecado original de no haber muerto» (2023: 120-121).

En los paratextos del libro *La búsqueda*, Cristóbal Jimeno Chadwick firma el prólogo donde cuenta que fue una «decisión familiar» mantener en el «ámbito privado» la desaparición y muerte de Claudio Jimeno, así como los «esfuerzos por salir adelante y buscar la verdad» (2022: 15). Y esa determinación permitió que otras personas contaran «nuestra historia» y Jimeno Chadwick es categórico: «Muchas veces con errores históricos, otras con distorsiones literarias, con omisiones importantes y, en algunas ocasiones, con un afán de utilización política» (*ibid.*). Y muchas páginas más adelante, ya en el cuerpo del libro, que firma con su esposa, se puede leer que esos «hombres del presidente solo serían recordados por sus amigos, familiares y compañeros», pero no pocas veces serían «invocados con fines de aprovechamiento político» (2022: 178). El libro *La búsqueda* presenta de forma pormenorizada y comedida la larga investigación que les ha llevado a los autores a conocer con apurado detalle qué le pasó a Claudio Jimeno entre el 11 y 13 de septiembre de 1973, al tiempo que

¹⁵ Esta información, «sobre el perímetro del centro de Santiago», es quizás necesaria para quien no conoce Santiago de Chile, pero superflua para los santiaguinos o incluso para el resto de chilenos. Podría interpretarse que se buscaba aclarar datos urbanos a una audiencia internacional.

aporta capítulos de gran valor sobre el trauma que provoca en un niño pequeño el vivir sin un padre que le fue arrebatado por la violencia militar, y por la temeridad política del propio progenitor. El lector agradece el carácter ponderado y reflexivo del libro, y también los muchos nombres que aparecen página a página, pues los colaboradores directos o indirectos del golpe de Estado y la posterior dictadura tienen nombres y apellidos y es de justicia que esos datos se sepan.¹⁶ Y también constan los nombres de quienes ayudaron a la familia de Cristóbal Jimeno Chadwick: apoyo moral, ayuda jurídica, amparo económico, etc. Y en la lista o enumeración de todos esos nombres, que son muchos, no aparece nunca el de Ariel Dorfman. Una ausencia harto llamativa.

Ariel Dorfman no sobrepasó las barreras militares de plaza Italia, pero tampoco lo hizo Guillermo Cumsille. Ambos sobrevivieron al golpe de Estado. Del primero, en el libro *La búsqueda*, que tantos datos y nombres aporta, se opta por ignorarlo; del segundo, algunas líneas son especialmente amables: «cuando [Guillermo Cumsille] trató de regresar en dirección a La Moneda, los militares habían ampliado el cerco de calles cerradas y no lo dejaron pasar. Nunca más volvió a ver a sus amigos» (2022: 23). Incluso se imprime en la página 100 una buena imagen en que se puede ver a Claudio Jimeno y Guillermo Cumsille, de cuerpo entero, con un pie de foto preciso: «Claudio y su amigo Guillermo Cumsille». Y en los «Agradecimientos» se le vuelve a mencionar, como el «mejor amigo» (2002: 211) de Claudio Jimeno.

Ariel Dorfman partió al exilio y no volvió a Chile hasta mucho después y no buscó en ningún momento el contacto con la familia de Claudio Jimeno: viuda, los dos hijos huérfanos de padre, hermano, cuñado, suegro, etc. El personaje Angélica, en la «novela-memoria» narrada por Ariel, lo resume y justifica de la siguiente forma: «Ariel nunca ha hablado con la familia de Claudio Jimeno [...], ¿qué decirle a la viuda de Claudio, a sus hijos?» (2023: 429). A todas luces, una justificación harto pobre. Se puede argumentar que tras el golpe de Estado la comunicación entre los que estaban fuera, en el exilio, y los que se quedaron en Chile no fue nada fácil,

¹⁶ Se trata de un libro apegado a los hechos, que solo describe un suceso o aporta los datos de una persona cuando hay una evidencia que así lo permita afirmar. La estructura narrativa del ensayo *La búsqueda* permite que el lector vaya conociendo de forma pausada y cronológica lo que le ocurrió a Claudio Jimeno tras el golpe de Estado y quiénes fueron los perpetradores de su muerte. Ahora bien, hay un momento clave en el que el narrador opta por ocultar información al lector, para solo desvelarla muchas páginas más adelante. En las páginas en que se narra el fusilamiento de los 23 asesores del presidente Salvador Allende, entre los que se encontraba Claudio Jimeno, se describe con cierto detalle los nombres y las biografías de los militares que participaron, pero, además, se apunta la participación de algunos civiles: «el civil que oficiaba de jefe» (2022: 74). De este civil el narrador aporta una somera descripción, para enseguida confesar que sabe su nombre, pero no lo va a decir por ahora: «cuyo nombre se descubrió décadas después» (*ibid.*). Solo más adelante, páginas 178 a 187, el lector podrá conocer los nombres de esos civiles o los datos que ambos autores poseen, pues, como ellos confiesan, quedan algunas lagunas por aclarar, sigue habiendo «cabos sueltos» (2022: 186). Se trata de una técnica narrativa que desconcierta al lector, y que quizás responda a la voluntad de recordar de forma más decidida que no pocos civiles también participaron activamente en la organización y ejecución del golpe de Estado, de forma semejante a como en la reciente historiografía brasileña se está imponiendo el término «golpe civil-militar», y no solamente militar, para referirse a la instauración de la dictadura en el año 1964.

pero ya han pasado cinco décadas y la incomunicación ha prevalecido. Y en este caso vale la pena resumir un suceso semejante, por mucho que las comparaciones no son siempre fáciles. Desde su exilio en Moscú, el periodista y más tarde escritor Eduardo Labarca pergeñó el diario falso del general Carlos Prats, asesinado por orden del dictador Pinochet en Buenos Aires el 30 de septiembre de 1974. El general Prats se estaba perfilando como figura importante del exilio chileno, con cierta ascendencia intelectual para, eventualmente, estructurar una coalición política que ejerciese una efectiva presión por el regreso de la democracia a Chile. Se caracterizaba, pues, como un aliado político frente a Pinochet, y, sin embargo, alguien en el exilio no dudó en pedirle a Eduardo Labarca que, gracias a su buen hacer periodístico, elaborase un diario falso, que acabaría publicándose en México, en el Fondo de Cultura Económica, bajo el título de *Una vida por la legalidad* (1976). Durante por lo menos nueve años dicho diario falso fue leído como auténtico. Al aparecer las auténticas memorias del general Prats, ya póstumas, en 1985, el diario falso perdió visibilidad, pero el nombre de su autor principal, Eduardo Labarca, permaneció todavía desconocido. Finalmente, gracias a «un aterrizaje suave por medio de la ficción», Eduardo Labarca confesó en su novela *Cadáver tuerto*, publicada en el año 2005, que había sido él quien en el exilio de Moscú había escrito el diario falso, luego él era el responsable intelectual de manipular la memoria del general Prats (Labarca *apud* Rodrigues-Moura 2010: 227). Antes de que la novela *Cadáver tuerto* se publicase, Eduardo Labarca se entrevistó con las tres hijas del general Prats, por separado, para exponerles el caso, confesar su culpa y pedir perdón. Se arriesgaba incluso a acciones penales, pero lo que más le importaba era cerrar de la forma más civilizada posible una empresa en absoluto ejemplar: la falsificación de las memorias de un aliado político que, ya asesinado, no podía defenderse.¹⁷ Eduardo Labarca le había robado o suplantado la voz al general Prats. No todas las conversaciones con las tres hijas del general Prats fueron fáciles, pero sí necesarias por un evidente *ethos* cívico.

Ariel Dorfman ha revelado que solo al leer el ensayo *La búsqueda*, publicado en 2022, pudo tener más detalles sobre la muerte y desaparición del cadáver de Claudio Jimeno y solo entonces pudo saber que su «amigo» no había dormido en La Moneda aquella noche previa al golpe de Estado: «I discovered, to my amazement, that Claudio had not slept at La Moneda the night of Sept. 10, as I had believed all this time» (Dorfman 2025: 11). Es fácil concluir, por lo tanto, que la comunicación entre Ariel Dorfman y algún miembro de la familia de Claudio Jimeno ha sido nula en todos estos años. El poder de la palabra expresada verbalmente en una conversación presencial, o por escrito o incluso por intermediación de terceros, especialmente en los duros años del exilio, no pudo crear puentes de comunicación entre Ariel Dorfman y los herederos de Claudio Jimeno, pues no existió. Esa falta de aproximación o correspondencia sorprende, incluso sobrecoge al lector, que solo puede confirmar que los silencios favorecen las incomprendiones. Y hay un pasaje en *La búsqueda*, firmado por Cristóbal Jimeno Chadwick en el prólogo, que,

¹⁷ Sobre este caso, publiqué un ensayo hace ya algún tiempo, y a él me remito: Rodrigues-Moura (2010).

en el marco de una reflexión general, avala la necesidad de conversar, de escuchar al otro: «la obligación que tenemos de cuidar nuestra convivencia, nuestro lenguaje, de respetarnos» (2022: 16). Es por ello muy legítimo deducir que Guillermo Cumsille mantuvo un cierto contacto con la familia de Claudio Jimeno tras la desaparición de su amigo, relación que Ariel Dorfman parece no haber buscado. Y ambas opciones devinieron en diferentes percepciones por parte de la familia del malogrado Claudio Jimeno sobre la preocupación real de sus amigos por su desaparición.

Además, un capítulo político del exilio de Ariel Dorfman dificultó bastante esa aproximación, a la vez que permite comprender mejor los ya citados reproches que Cristóbal Jimeno Chadwick achaca a quienes contaron la historia de su padre sin preguntarle a la familia. En las primeras semanas de su exilio, ya en Cuba, Beatriz Allende, la hija del presidente Salvador Allende, le preguntó a Ariel Dorfman cómo había logrado escapar de La Moneda el día del golpe de Estado, pues recordaba nítidamente haberlo visto allí e incluso consideraba que había sido uno de los últimos en ver a su padre con vida: «Cuéntame de La Moneda. [...] Todos sabemos que te portaste como un héroe. [...] Tienes que haber sido una de las últimas personas que vio a mi padre vivo» (Dorfman 2003 [1998]: 82). Y en la «novela-memoria» el narrador Ariel relata «la extraña y vergonzosa experiencia de ser recibido con frecuencia en los meses venideros como un combatiente que había sobrevivido a la conflagración de La Moneda, fiel hasta el final» (2023: 117). Según cuenta Dorfman en su autobiografía, no supo o no pudo en ese momento, ante Beatriz Allende, percibir que era necesario responder con la verdad empírica de los hechos, cortar de raíz esa leyenda que estaba germinando y acabaría creciendo sin control; y durante bastante tiempo se divulgó en los círculos del exilio político chileno y latinoamericano una cierta crónica mítica que relataba la presencia de Ariel Dorfman al lado del presidente Salvador Allende hasta el final.¹⁸

No han sido pocas las veces que Ariel Dorfman ha vuelto sobre esta historia factual que lo une a Claudio Jimeno, pero no siempre el mucho contar permite acercarse al fondo del abismo de la vida, a veces solo se lo atisba desde los bordes, manteniendo cierta distancia. En esta «novela-memoria», el narrador Ariel quizás evitó ser «brutal» e «inmisericorde» (2023: 45) en todos los aspectos de su propia biografía, que a veces se diluyen con una pátina ficcional. Ahora bien, cuenta el narrador Ariel en su «novela-memoria» *Allende y el museo del suicidio* que se autoimpuso y mantuvo de forma disciplinada la tarea de recordar a sus compañeros muertos y desaparecidos (2023: 506), y aquí el autor Ariel Dorfman fue siempre muy activo y consecuente entre las fuerzas del exilio chileno. Tal opción política es legítima, incluso posee un indudable cariz ético, pero también es muy respetable la opción alternativa que asumió Jorge Semprún al abandonar el campo de concentración de Buchenwald, es decir, no hablar en nombre de los muertos, pues lo consideraba una

¹⁸ Una ulterior investigación historiográfica podrá aclarar los círculos en los que se divulgó este falso ejemplo de resistencia, el tiempo en que estuvo vigente, las versiones que adoptó, las omisiones, el tono, etc.

tarea inasumible, una forma de apropiarse de la vida de otros: «je parle, bien sûr, en mon nom, au nom de ceux qui étaient toujours en vie : rien ne m'autorisera jamais à parler au nom des morts, l'idée même de m'attribuer ce rôle me remplit d'horreur» (Semprún 1980: 216). Y en la misma página unas líneas más adelante concluye Semprún de forma categórica: «Je ne suis qu'un vivant, s'est tout».

Referencias bibliográficas

- BENÍTEZ, Hermes H. (2006), *Las muertes de Salvador Allende. Una investigación crítica de las principales versiones de sus últimos momentos*, Santiago: RIL editores.
- BOLAÑO, Roberto (2006) [1994], *Los perros románticos. Poemas 1980-1998*, Barcelona: Acantilado.
- BOLAÑO, Roberto (1999), *Amuleto*, Barcelona: Anagrama.
- «Caudillo Guevara» [Editorial], *El País*, 10 de octubre de 2007.
- CERVANTES, Miguel de (2015), *Don Quijote de la Mancha*. Edición dirigida por Francisco Rico con la colaboración de Joaquín Forradellas y Gonzalo Pontón y el Centro para la Edición de los Clásicos Españoles. Madrid: Real Academia Española.
- DORFMAN, Ariel (2025), «The Regret That Haunted Me for 50 Years», *The New York Times*, Section SR, 6 de enero de 2025, 11.
- DORFMAN, Ariel (2023), *Allende y el museo del suicidio. Una historia de amor y muerte*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- DORFMAN, Ariel (2011), *Feeding on Dreams. Confessions of an Unrepentant Exile*, Boston / New York: Houghton Mifflin Harcourt.
- DORFMAN, Ariel (2003) [1998], *Rumbo al Sur, deseando el Norte. Un romance bilingüe*. Traducción del autor, Barcelona: Planeta.
- DORFMAN, Ariel (1992), *La muerte y la doncella*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- HANISCH, Carol (1970), «The personal is political», en *Notes from the Second Year: Women's Liberation*, Major Writings of the Radical Feminists, 76-68.
- ISUNZA, Andrea - ORTEGA, Javier (2025), *Enrique Correa. Una biografía sobre el poder*, Santiago de Chile: Catalonia / UDP Escuela de Periodismo.
- JIMENO CHADWICK, Cristóbal - MOHOR WÖHLKE, Daniela (2022), *La búsqueda*, Santiago de Chile: Planeta.
- LABARCA, Eduardo (2014), *Salvador Allende. Biografía sentimental*. Edición ampliada y definitiva. Santiago de Chile: Catalonia.
- LABARCA, Eduardo (2007), *Salvador Allende. Biografía sentimental*, Santiago de Chile: Catalonia.
- LABARCA, Eduardo (2005), *Cadáver tuerto*, Santiago de Chile: Catalonia.
- PÉREZ JR., Louis A. (2005), *To Die in Cuba: suicide and society*, Chapel Hill & London: The University of North Carolina Press.
- PIZARNIK, Alejandra (2003), *Diarios*. Edición de Ana Becciu. Barcelona: Lumen.
- RAMÍREZ, Sergio (2023), «Para leer "Allende y el museo del suicidio"», *El País*, 12 de septiembre de 2023.
- RODRIGUES-MOURA, Enrique (2019), «Poética del género policial y compromiso político en Rodolfo Walsh», *Dura. Revista de literatura criminal hispana* 1, 119-142.
- RODRIGUES-MOURA, Enrique (2010), «Indicios, señales y narraciones. A modo de introducción», en RODRIGUES-MOURA, E. (ed.), *Indicios, señales y narraciones. Literatura policíaca en lengua española*, Innsbruck: Innsbruck University Press, 7-33.

RODRIGUES-MOURA, Enrique (2010), «Eduardo Labarca: política y ficción», en VON TSCHILSCHKE, Ch. – SCHMELZER, D. (eds.), *Docuficción. Enlaces entre ficción y no-ficción en la cultura española actual*, Madrid / Frankfurt a.M.: Iberoamericana / Vervuert, 221-245.

SEMPRÚN, Jorge (1980), *Quel beau dimanche!*, Paris: Bernard Grasset.

TABAROVSKY, Damián (2010), *Literatura de izquierda*, Cáceres: Periférica.

VALDÉS, Hernán (2003) [1981], *A partir del fin*, Santiago: LOM.

Enrique Rodrigues-Moura
(Universidad de Bamberg)

El periodista Antonio Azpeitúa, pseudónimo de Javier Bueno García, sí entrevistó a Hitler en abril de 1923

En 2024, apareció publicado en Alemania el libro *Hitlers Interviews. Der Diktator und die Journalisten*, de Lutz Hachmeister. Este libro es una compilación de las entrevistas más destacadas realizadas a Adolf Hitler entre 1922 y 1944, desde la publicada por Karl von Wiegand en el diario *New York Journal-American* (13-11-1922) hasta la ofrecida por Christer Jäderlund en *Stockholms-Tidningen* (19-3-1944) (Hachmeister 2024: 337-343). Tanto el número de entrevistas como las nacionalidades de los entrevistadores son muy amplias y dan buena cuenta de cómo el discurso de Hitler se fraguaba conforme avanzaba su vida política. El estudio de Hachmeister abarca tres fases: la primera etapa –titulada «bavarian Mussolini»– que llega hasta 1923, momento en que el nombre de Hitler se consagra con el golpe de Estado; otra segunda desde 1930 a 1933, cuando el NSDAP obtiene poder político; y una última, en la que Hitler ya se ha convertido en Canciller de Alemania.

Hitlers Interviews reproduce las entrevistas de George Sylvester Viereck, Karl von Wiegand, Leo Negrelli, Stanley Simpson y Sefton Delmer, entre muchos otros. Junto a comentarios referidos a estas figuras del periodismo, Hachmeister examina cada una de ellas reflexionando sobre el alcance que tuvieron las palabras de Hitler en su política posterior. Asimismo, abre un apartado para hablar de las entrevistas que se publicaron, pero que, tras una revisión posterior de las fuentes, se ha desvelado su falsedad («8. Faking Hitler. Undercover-Journalisten und Scharlatane: zweifel Interviews»). Entre ellas, aparecen las realizadas por Eugeni Xammar –el 24 de noviembre de 1923 en *La veu de Catalunya* (1923: 5)– y Josep Pla –el 28 de noviembre de 1923 en *La Publicitat* (1923: 1)–.

Ambos reporteros, atraídos por la idea de ser los primeros en entrevistar a Hitler tras su intento de golpe de Estado de principios de noviembre, inventaron haberse encontrado con él horas antes del suceso en la redacción del diario *Völkischen Beobachter* y, recopilando información de otros diarios, compusieron una entrevista falsa (Böhle 2024b). Sin embargo, sí hubo entre los periodistas españoles uno que entrevistó a Adolf Hitler en persona, aunque fuera meses antes de noviembre de 1923. Javier Bueno García (1883-1967), conocido también por su pseudónimo –Antonio Azpeitúa–, publicó su entrevista en *ABC* el 6 de abril de 1923, por lo que Hachmeister también reproduce el encuentro –traducido al alemán– en su libro *Hitlers Interviews* (2024: 216-218).